CAPITULO XII.

LAS LUPERCALES.—LISIPO Y SALUSTIO.—CASA DE LOS CAPITELES DE ROSTROS.—LIDON Y CRÉMES.—CASA DEL CIRUJANO.—INSTRUMENTOS DE CIRUJÍA.—UNA SUPLICA.

Estamos á mediados de Febrero.

Un gentío, semejante al que invadia las calles de la ciudad el dia de año nuevo, se agitaba en ellas.

El comercio estaba cerrado, y la animacion de la ciudad era extraordinaria.

Era que se celebraba una de las fiestas mas originales de aquella época.

La fiesta de los lupercos.

Caida en desuso durante las guerras civiles, Augusto, emperador-Pontífice, la habia restablecido como otras muchas que estaban olvidadas.

Las *Lupercales* eran anuales, y se celebraban catorce dias antes de las calendas de Marzo.

Esta fiesta era la mas original y curiosa de todas las fiestas del imperio, donde habia tantas.

Los habitantes de Pompeya, afanosos por gozar de ella, salian de sus casas abandonando sus quehaceres domésticos.

Entre el inmenso número de personas que invadian todos los tránsitos de la ciudad, las mugeres casadas, de la clase media y pobre, formaban un guarismo bastante crecido, y se colocaban en los sitios mas transitados, como en espera de una cosa de la mas alta importancia.

Este afan de las mugeres casadas en situarse en las embocaduras de las calles mas notables, reconocia, para ellas, un motivo importante, como tendrá ocasion de ver el lector en el curso de este capítulo.

Centenares de marineros de distintos países, dejando sus embarcaciones, bajaban de la bahía y recorrian las calles aumentando la animacion y el bullicio.

Ciudad marítima y altamente comercial, Pompeya se entregaba completamente al regocijo en los dias dedicados á alguna fiesta.

En medio del crecido número de extranjeros que de todas las naciones afluian á Pompeya atraidos por su comercio, se destacaba el tipo particular de los pompeyanos.

Aquel tipo no se parecia al tipo romano, ni á ningun otro tipo.

Era un tipo especial, propio de los habitantes de la Campania.

Tenian los ojos grandes, de un negro metálico, llenos de expresion y de fuego; lustroso y espeso el cabello, que lo llevaban siempre bien peinado; la tez era mate y suavemente rosada; la nariz característica, de proporcionadas dimensiones y álgo aguileña; ágil y flexible el cuerpo, y la estatura regular.

El rasgo dominante de los pompeyanos era la mímica, esto es, una vivacidad de accion, una precision en los movimientos del cuerpo para traducir el pensamiento; una gesticulacion tan animada para expresar, una armonía entre la palabra y el gesto, un talento y una agudeza en el decir, que apenas se hace creible.

Este tipo que, como hemos dicho, era el que distinguia á los habitantes de toda la Campania, no ha desaparecido; se encuentra vivo aún en los alegres y festivos hijos de Nápoles.

A la vivacidad y al natural talento, se agregaba la instruccion.

Los pompeyanos recibian una educacion bastante extensa. Escribian y hablaban el osco, el latin y el griego, como se puede persuadir cualquiera que hoy vaya á Pompeya, en cuyos muros, paredes, y cerca del suelo, encontrará alfabetos trazados por los niños con la ayuda del estilo; estos alfabetos son triples, en caracteres oscos, latinos y griegos.

Esta educacion múltiple, era debida á la necesidad que los padres creian que existia para poder tratar en los negocios de comercio con los hombres de los diversos países que mantenian relaciones comerciales con los pompeyanos.

No se podia confundir, por lo mismo, á los habitantes de Pompeya con ninguno de otra nacion.

Iban mezclados, en los momentos de la fiesta que refiero, con todos los demas, y sin embargo se distinguian de ellos.

—Detengámonos aquí, querida Estela—decia Eraste á su muger, viendo que, abriéndose paso por entre la multitud procuraba ir mas adelante de lo que él deseaba.

—De ninguna manera: yo quiero llegar hasta donde están los lupercos, y ser de las primeras que reciban el suspirado bien.

—Pero.....

—Nada, nada. Un matrimonio sin hijos, es una fisonomía sin gesticulacion, fria, parada, que nada dice.

Y sin detenerse un instante continuó á paso rápido su marcha, seguida de su esposo.

—Muchas ganas de sucesion manifiesta esa muger, querido Lisipo—dijo al cuestor un amigo que iba con él.

—Con efecto.

—No parece sino que teme que se pierda un ilustre nombre, si por desgracia no tiene un vástago que lo herede.

—Y ya que hablas de vástagos, ¿nada has llegado á saber, amigo Salustio, de aquella jóven huérfana, cuya hermosura nos ponderaron de una manera que despertó altamente nuestra curiosidad?

—Nada: ya te conté el chasco que llevamos Marcio y yo en la *fullonica* la vez última.

—Sí, ya me dijiste que encontraste al primo de Eutima esperándola á que saliese, y que cuando entrásteis al establecimiento por una puerta, ya la desconocida se habia marchado por la otra.

—Fué un solemne petardo, particularmente para Marcio.

—Pero, ¿seria la misma jóven de que nos habló Panza?

—A no dudar, segun las señas que le dió un hombre que la esperaba, al esclavo de Marcio.

—¿Y no volvísteis á ver al hombre?

—Tampoco; cuando le buscamos, ya habia desaparecido.

—¿Y le conocerias si le vieses?

—Imposible; no fijé la atencion en él.

—¿Y no has tratado de indagar dónde vive esa incógnita belleza?

—Con el mas alto empeño; pero por mas que he preguntado por ella, nadie me da razon.

—No debimos abandonar la *fullonica* el dia que fuimos juntos, hasta no haberla visto.

—Así lo hubiera hecho yo si hubiera comprendido que aquella anciana que entró á su cuarto, y que me prohibió pasar, iba á llevársela; al salir, nos alejamos con la confianza de encontrarla sola al dia siguiente, y me llevé un solemne petardo al encontrarme con que se la habia llevado á su casa.

—Pero ¿no preguntaste dónde vivia la anciana?

—Sí; mas nadie me supo dar razon de su casa.

—Cosa extraña!

—La muger del obrero de la *fullonica* ignoraba su habitacion, y solamente me dió algunas noticias de la jóven.

—¿Y cuáles fueron esas noticias?

—Que habia llegado con su pobre madre á Pompeya en un carro el dia de año nuevo; que la segunda espiró de necesidad en el bidental, y que la jóven huérfana es hermosa como el sol de Italia.

Un hombre del bajo pueblo que estaba junto á ellos y que habia escuchado atentamente las últimas palabras del diálogo, abrió sorprendido los ojos para ver á las personas que hablaban.

Parecia que el asunto relativo á la jóven encerraba para él un interes importante.

Anhelando no perder ni una sola palabra, se acercó cuanto le fué posible á los dos interlocutores.

—Pues no debes abandonar la empresa de buscarla—dijo Lisipo.

—Te prometo no desistir de ella hasta encontrarla: la adquisicion de esa bella me conviene, y si salgo en dias de bullicio como este, es únicamente porque me lisonjea la esperanza de verla entre la multitud.

—Pero ¿cómo puedes conocerla cuando no la viste?

—Pero ví á la anciana que la acojió, y la jóven que con ella vaya es seguro que es la que busco.

—En eso no vas desacertado.

—Sigamos, pues, el curso que lleva la gente, y tal vez consiga descubrirla.

Al terminar estas palabras, Salustio y Lisipo marcharon en la direccion que llevaba la multitud.

El hombre que les habia estado escuchando les siguió, procurando recojer cuanto decian.

El cuestor y su amigo continuaban ocupándose de la huérfana y de otras mujeres hermosas, aunque no de moral muy pura.

Dicho queda, que en aquella época las costumbres habian llegado al mas pronunciado grado de inmoralidad, y que desde los personajes mas elevados, hasta los individuos menos visibles, hacian ostentacion de su liviandad.

Por eso se hacian tan notables y queridos los Plinios, los Tácitos, los Sénecas y algunos otros que, observando una conducta digna y noble, se apartaban de las escenas lúbricas y licenciosas de aquel siglo, en que parecia que se iba á ahogar el mundo en el cieno de la corrupcion.

—Hagamos alto aquí, si te parece, Salustio—dijo Lisipo al llegar á un sitio en que se encontraba un número indecible de mujeres que esperaban con impaciencia.

—Me parece bien, y busquemos con la vista á la hermosa huérfana.

Y Salustio y el cuestor se detuvieron á poca distancia de la puerta de Herculano, en un vasto campo invadido por la multitud.

El hombre que les habia ido siguiendo, hizo alto junto á ellos.

Entre aquel inmenso gentío, y próximos á nuestros tres personajes, se hallaban Estela y su esposo Eraste.

El sitio en que se hallaban era, como he dicho antes, un vasto campo próximo á la puerta de Herculano.

En aquel campo, y al lado de una arboleda, se descubria una gruta, y junto á ella un templo muy pequeño, consagrados ambos al dios Pan, y designados con el nombre de Lupercal.

Las Lupercales era una fiesta dedicada á Pan, dios de los pastores, y por consecuencia á los fundadores de Roma.

Por eso en esta ciudad habia, al pié del lado occidental del monte Palatino, en la Via Nueva, detras del Comicio, una caverna y un templo de cortas dimensiones, dedicados á la expresada divinidad, y se celebraban las Lupercales con un entusiasmo que rayaba en locura.

No era menor esta en Pompeya.

Los lupercos, sacerdotes del dios Pan, se habian reunido en la gruta y en el templo para celebrar la fiesta de su dios.

Estaban casi desnudos, pues solamente tenian una piel de cabra que, atada á la cintura, formaba una corta enagua, figurando el traje con que se representa á Pan.

Observando su sagrado rito, inmolaron una cabra y un perro con la mas alta fe y con el mas profundo recojimiento.

El rey de los sacrificadores, que asistia siempre á aquella ceremonia, tocó la frente de los *lupercos* con el cuchillo empapado en la sangre de las víctimas, mojó despues en leche un poco de lana recibida del Pontífice Máximo, lavó la señal sangrienta que habia hecho en la frente de los sacerdotes, y en seguida se pusieron á reir á grandes carcajadas.

Terminado el sacrificio, se dieron prisa á cortar las pieles de las víctimas, haciendo largas correas que fueron distribuidas entre los ministros del dios Pan que, divididos en dos comuni-

dades, la una de los *Quintianos*, y la otra de los *Fabianos*, se dispusieron á salir para repartirse por la ciudad.

—Ya salen, ya salen—gritó la multitud, llena de regocijo.

Estela, y todas las mujeres casadas, se apresuraron á colocarse en los sitios por donde creian que debian pasar.

Los gritos y el oleaje de la gente daban á aquella escena un colorido vivísimo.

Cada persona trataba de colocarse delante de las demas.

Los empujones y los codazos para abrirse paso se repetian en todas direcciones.

De repente los lupercos, armados con las correas de las víctimas sacrificadas, salieron de la gruta y del templo, para esparcirse por toda la ciudad y por el campo, y empezaron á descargar correazos sobre todas las personas que encontraban á su paso.

La multitud de hombres se abria para dejarlos pasar, pero las mujeres casadas corrian á ponerse delante de los *lupercos*, tendiendo las manos, para que les pegasen con las correas.

¿Por qué?

Voy á decirlo.

Corrian al encuentro de los *lupercos*, porque creian que aquellos golpes hacian fecundas á las esposas estériles, y que tenian la virtud de preservar de dolores á las que se hallaban en cinta.

Ninguna fiesta causaba tanto alboroto como las Lupercales.

Por todas partes por donde pasaba, el ruido de los correazos, las risotadas de la multitud, el ladrido de los perros alborotados por el traje singular de los paseantes, los cantos que los lupercos repetian en honor del dios Pan, hacian retumbar á lo lejos los ecos mas extraños.

Las bandas eran numerosísimas, porque á las dos comunidades de lupercos, conducidas por sus jefes, se unian multitud de jóvenes de buenas familias, así como personajes revestidos de las primeras magistraturas, que no titubeaban en tomar una parte activa en la fiesta, mirada como una ceremonia purificante de la ciudad.

Se cree que esta ceremonia tenia su orígen en conmemoracion de una correría que Rómulo y Remo, entonces simples pastores, hicieron para encontrar algunos rebaños extraviados, despues de haberse despojado de sus vestidos, á fin de estar mas lijeros para correr.

El cuchillo ensangrentado con el cual el rey de los sacrificadores tocaba en la frente á los lupercos, hacia alusion á los asesinatos cometidos en semejante dia, así como al peligro á que fueron expuestos Rómulo y Remo.

La ablucion de leche recordaba el alimento de los dos jóvenes pastores.

Pero entretanto que los lupercos, provistos de sus correas, recorren la ciudad y los afueras descargando correazos á diestro y siniestro, ocupémonos de algunos de nuestros personages que hemos visto concurrir á la fiesta.

—¿Ya has recibido los anhelados latigazos?—dijo Eraste á Estela. que se acercó á él despues de pasar los lupercos vapulando á cuantos encontraban.

—Ya: he recibido, gracias á los dioses, cuatro ó cinco muy bien dados.

—¿Es decir que ya podemos retirarnos á casa?

—Sí; porque he dejado todas las cosas por hacer.

—Pues vamos.

—Vamos.

Estela y su marido se alejaron.

—Esa mujer—dijo Salustio á Lisipo—ha conseguido al fin el objeto que vino buscando: solamente yo no he encontrado lo que deseo: ver á la anciana con quien debe encontrarse la hermosa huérfana.

—Si no la has encontrado hoy, la encontrarás otro dia, que para el caso es igual. Dejemos, pues, que la suerte nos prepare su hallazgo, y marchemos á donde hemos dado palabra de ir.

—Tentado estoy de no acudir á la cita—dijo Salustio á Lisipo—y de faltar á la palabra que he dado.

—¿Y que diria tu hermosa Frigia?

—Diria que era la primera vez que he obrado cuerdamente. Me voy cansando del cariño de esas mujeres cuyas caricias crecen ó menguan segun el estado que guarda el bolsillo.

—Como crece ó mengua nuestra liberalidad con ellas, á medida que nos cansan ó gustan.

—Sin embargo, por poca que sea nuestra liberalidad, siempre será de mas valor que su afecto. Todo lo de ellas es falso, por mucho que nos den; positivo es el oro que les damos, por poco que sea.

—Es cierto; pero tú no encontrarás ya en Pompeya ni en ninguna parte del mundo mujer que te dé un tesoro cierto por el que tú puedas proporcionarle.

—¿Por qué?

—Porque la que no busca oro, tiene corazon, y la que tiene corazon quiere otro corazon que la comprenda; quiere otro corazon que la ame.

—¿Y tú, querido Lisipo, crees que existe una mujer de corazon?

—Entre las que visitamos y nos visitan, no: el corazon de esas es un almacen de efectos falsos, que sacan al mostrador para venderlos al que los quiera comprar, sin pararse ni en las cualidades morales ni físicas del marchante; pero hay mujeres.....

—¿Que prefieren el amor al dinero?

—Sí.

—¡Vaya!..... estoy viendo que aun se te puede engañar..... ¡que eres un niño! Júpiter, el principal de nuestros dioses, jamas dejó de alcanzar los favores de la mujer en quien puso sus ojos; solo de amantes tuvo cuarenta y cinco, y la mas inespugnable de ellas, la bella Danae, que parecia encerrada en la fortaleza de la virtud, no pudo resistirle al convertirse el dios en lluvia de oro.

—Pero.....

—El oro es el poder; con él se compra la gloria, los deleites, el amor.

—Te digo que hay excepciones.

—Haces bien en creerlo así, cuestor Lisipo, puesto que estás enamorado de la bella Agripina. ¡Enamorado tú!... Parece increible: tú que no hay dia que lo pases sin una aventura mujeril!

—¿Qué quieres?

—Vamos, vamos á tu casa; pues quiero ver si te se quita de la cabeza, con las caricias de Sostrata, la locura que se ha apoderado de tí.

Salustio y el cuestor Lisipo se alejaron lentamente.

El hombre que les observaba continuó marchando detras de ellos.

Las calles seguian estando llenas de gente que marchaban al encuentro de los lupercos.

Los dos amigos llegaron á la calle de Mercurio.

En ella estaba la *Casa del Cuestor*, conocida hoy con el nombre de *Casa de Castor y Polux*, y que fué descubierta de 1828 á 1829.

Esta casa se componia de dos distintas, separadas por un peristilo que les era comun.

La fachada sobre la calle de Mercurio, estaba decorada por divisiones rojas y blancas separadas por preciosas molduras de estuco.

Lisipo entró en el atrium de su casa con Salustio.

El hombre que iba detras de ellos se detuvo.

—¡Oh!... es preciso averiguar donde vive Nicea para advertirla del peligro que corre—exclamó el observador individuo al verlos desaparecer.—Sin duda es de ella de quien hablaban: sí, esa virtuosa jóven perdió á su excelente madre el dia mismo que llegaron á Pompeya, y cuanto han referido pertenece á ella..... ¡Pobre Nicea!..... Pero ¿dónde encontrarla?.....

Y el hombre se alejó pensativo y triste.

Aquel hombre era el gladiador Lidon.

Animado por el deseo de descubrir donde vivia Nicea, para vigilar por ella y salvarla de las asechanzas de los que anhelaban su deshonra, iba fijando la vista en todas las casas por donde transitaba, para ver si la encontraba.

Al llegar á la calle de la Fortuna se detuvo de repente enfrente de un edificio.

Era la *Casa de los Capiteles de Rostros*, con cuyo nombre se conoce hoy, por estar esculpidos en los capiteles de las pilastras de la puerta de entrada, hermosas cabezas de Faunos y de Bacantes.

Lidon creyó ver cruzar por el peristilo, que es bellísimo y se ve rodeado por tres lados de hermosos pórticos sostenidos por catorce columnas jónicas, una jóven que, si no era Nicea, se le parecia mucho.

Deseando cerciorarse de la verdad, se quedó mirando hácia adentro para ver si la hermosa se presentaba de nuevo.

En aquel momento sintió que le ponian una mano sobre el hombro.

Lidon volvió la cabeza, y se encontró con Cremes.

—Mucho deseaba encontrarte—le dijo este último.

—¿Sí?—exclamó el gladiador comprendiendo el objeto que entrañaba aquel deseo.

—Ciertamente; pero como no sé donde vives....

—Mi casa está muy lejos.

—Con razon no he vuelto á ver á aquella jóven por quien te pregunté cuando entró en la *fullonica*. Ya se ve, viviendo lejos procurará salir lo menos posible.

—Así lo creo.

—¿Y donde vivé?—dijo como por sola sencilla curiosidad Crémes.

—Verdaderamente no lo sé—contestó Lidon aparentando no comprender la intencion de la pregunta.—Ignoro aun los nombres de las calles, y no podria decirte.

En aquel momento volvió á cruzar por enfrente del peristilo, la jóven que habia llamado la atencion del gladiador.

Este fijó la vista en ella y se convenció de que se habia equivocado.

La hermosa desapareció penetrando en el *tablinum*, cuyo pavimento presentaba en el

centro, como presenta hasta el dia, un soberbio roseton de mosaico blanco y negro, y una guirnalda de pámpanos sobre el umbral.

—¿Es amiga de la jóven con quien te ví, esa bella que con tanta atencion mirabas?

—No.

—¿Y estás á su servicio hace mucho tiempo?

—Muy poco. Pero tengo que hacer, y te dejo—dijo Lidon, temiendo que le siguiese haciendo preguntas, á las cuales no podria contestar.

Crémes creyó que Lidon anhelaba alejarse de él, para no verse obligado á decir donde vivia Nicea, y no insistió en detenerle.

Pensó que el medio mas acertado de descubrir su habitacion era seguirle hasta que entrase en ella, y resuelto á poner en práctica su pensamiento, le dejó alejarse.

Lidon marchaba profundamente preocupado.

Habia ido temprano, como tenia de costumbre, á ver á su anciano padre, y le encontró enfermo.

Hijo leal y amoroso, aunque realmente lo que Medon tenia no era mas que una leve indisposicion, se alarmó por la vida del ser á quien debia la suya, y se dirijió á la ciudad en busca de un médico.

Detenido en una de las calles por el gentío que esperaba á los lupercos, oyó, como hemos visto, el diálogo entre Salustio y Lisipo, y lleno de interes por salvar á Nicea de las asechanzas del primero, les siguió hasta estar persuadido de que ignoraban donde vivia la jóven.

Mas tranquilo por esta parte, se apresuró á marchar en busca del facultativo.

Sabia que en la vejez, las enfermedades mas lijeras suelen ser peligrosas, y temia ver fallecer á su buen padre sin haber tenido el gusto de comprar su libertad.

Dominado por esta idea, llegó á la calle de las Termas.

Crémes, imaginando que se dirijia á su casa, le seguia con intencion de descubrir donde vivia Nicea.

Lidon penetró en el edificio en que vivia el médico, descubierto en 1771, y que se conoce al presente con el nombre de *Casa del Cirujano*.

El jóven gladiador pasó el umbral de la puerta de aquella casa, cuya fachada es notable por su sólida y bella construccion, y dejando á un lado trece cámaras que se ven adornadas de pinturas y de pavimentos de mosaico, entró á una pieza que está á la derecha del pórtico (*xystum*), donde se encontraba, como se encuentra hasta el dia, una preciosa pintura representando *El Tocador de Venus*.

—Esperad un instante aquí—dijo el portero que le habia llevado—mientras aviso á mi amo que está en el anfiteatro.

—Muy bien.

Lidon se puso á ver, mientras esperaba, los instrumentos de cirujía que allí habia, y que se han encontrado en el edificio al hacer las escavaciones.

Entre estos instrumentos, que eran muchos, y que han sido llevados al museo de Nápoles, se encuentran varios que están en uso actualmente; tales como las ventosas (*cucurbitulæ*) los escalpelos, las espátulas, las tenazas, un espéculo cilíndrico, cuyo mecanismo tan simple como injenioso, acercaba ó separaba simultáneamente las tres ramas, y otros muy notables que han obtenido en nuestros dias privilegio de invencion por su utilidad y perfeccion.

El médico llegó de la pieza que le servia de anfiteatro, y que es la mayor que hoy se ve en todo el edificio.

Iba acompañado de otro individuo, que Lidon conocia por haberle visto ir á visitar á su padre con frecuencia.

Era Olinto, el sacerdote cristiano, cuyas virtudes y talento habia oido elojiar á Medon constantemente.

—¿Sois vos el que me busca?—preguntó el médico á Lidon.

—Sí señor.

—¿Qué me quereis?

—Que os digneis visitar á un enfermo.

—¿Quién es?

—Un esclavo de Diómedes, llamado Medon.

—¡Un esclavo!..... No puede ser; estoy muy ocupado.

—Sí, es un esclavo; pero por su visita se os pagará el mismo precio que os pudiera dar un rico.

—Digo que ahora me es imposible.

—¡Cómo!..... ¿está malo Medon?—preguntó Olinto con inquietud.

—Sí señor.

—Pues voy á verle en el instante. Por fortuna conozco la ciencia médica, y podré curarle: marchemos.

—¿Os vais, Olinto?—Preguntó el médico.—¿Dejais el estudio que estábamos haciendo por ir á ver á un esclavo?

—Para los cristianos no hay esclavos ni señores, sino hermanos á quienes debemos amar de igual manera; el mas rico á los ojos de nuestro Dios no es aquel que mas bienes materiales cuenta, sino el que mas virtutes atesora.

Y Olinto salió seguido de Lidon.

El gladiador quedó conmovido con las palabras de Olinto.

El título de hermano dado por un hombre libre á un esclavo y pobre, le parecia lo mas consolador y humanitario que podia anhelarse.

Ser todos hermanos y no ver en el hombre la riqueza y la posicion social, sino el grado de virtud que constituye la verdadera riqueza ante los ojos de Dios, le parecia lo mas sublime, lo mas seductor, lo mas justo.

Al ver salir juntos al sacerdote cristiano y al gladiador, Crémes que se habia quedado enfrente de la casa esperando á que saliera para seguirle, sintió renacer la esperanza de descubrir donde vivia Nicea.

—Sin duda es cristiana la jóven—pensó para sí—y conduce á Olinto á su morada.

Y Crémes echó á andar detras de ellos procurando no ser visto.

El confidente de Marcio ignoraba que Lidon fuese hijo del esclavo Medon, así como lo ignoraba tambien Olinto.

El jóven gladiador creia que no era acreedor á darle el nombre de padre públicamente, sino despues de haber alcanzado su libertad.

Pensaba que no podia aparecer á los ojos de los extraños sino como un mal hijo, mientras su anciano padre jimiese en la esclavitud.

Medon, por complacer á su hijo, habia guardado el mismo secreto con todos.

Cuando estaban solos, entonces era cuando padre é hijo se daban los títulos mas tiernos; pero cuando entraba alguno, no eran mas que dos amigos afectuosos y deferentes.

—¿A dónde irán?—pensó Crémes al ver que habian andado una gran distancia, y que no se detenian.—Me dijo que su casa estaba muy retirada, y ya veo que no me engañó.

Y Crémes les seguia.

Al verles pasar la puerta de Herculano, se sorprendió.

—Sin duda vive en el arrabal de Augusto-Felix—añadió para sí.—Veamos.

Pero pronto se desvanecieron sus esperanzas.

Olinto y Lidon, dirijiéndose por la calle de las Tumbas, entraron en la casa de Diómedes.

Crémes, como he dicho, miró desvanecida su esperanza.

Sabia la amistad que existia entre aquellos dos individuos y Medon, y comprendió que iban á verle.

Pero aquella visita, segun su parecer, no podia durar mucho.

—Lidon saldrá en breve, y entonces le seguiré—dijo interiormente.—Ademas, puede ser muy bien que hablen de esa jóven, y si lograse escuchar algo..... Probemos.

Y Crémes penetró en la casa de Diómedes con intencion de escuchar lo que hablaban.

¿Logró su objeto?